

CAPÍTULO XX.

CAIDA DE MAXIMILIANO.

1867.

LIBERTA DIAZ Á LOS PRISIONEROS—PROCLAMA Á SUS SOLDADOS—POR LAS GARITAS DE MÉJICO—MARQUEZ—OTRA VEZ CHAPULTEPEC Y LA ANTIGUA CAPITAL DE ANÁHUAC—SITIO DE QUERÉTARO—TRAICION DE LOPEZ—ENJUICIAMIENTO DE MAXIMILIANO—DEFENSA—SU EJECUCION—REFLECSIONES ACERCA DE SU MUERTE—EL GENERAL CORONA—RENDICION DE LA CIUDAD DE MÉJICO POR TAVERA—NOBLE POSICION DEL GENERAL DIAZ—SU DIMISION Y RETIRO.

Segun decretos vigentes y la práctica hasta entón-ces establecida, todos los oficiales hechos prisioneros debian ser fusilados como traidores; aun los extranjeros tenian que ser tratados de la misma manera, desde la retirada de los ejércitos franceses, pues desde entón-ces perdieron las prerogativas de prisioneros de guerra. El mismo Diaz habia fusilado varios oficiales mejicanos capturados en Miahuatlan, miéntras que respetó como prisioneros á los oficiales y soldados extranjeros. El número de los soldados que cayeron en Oajaca ascendia á mil, aumentándose con 600 oficiales capturados en Puebla, casi todos mejicanos. Obedecer la ley y darles muerte, parecíale una carnicería contraria al espíritu del siglo. No tenia autoridad por otra parte, para considerarlos como prisioneros de guerra, y además, le habrían sido un estorbo en sus movimientos; y el ponerlos en libertad sería visto como una usurpacion de autoridad, que le acarrearía, tal vez, la mala voluntad del gobierno de Juarez. Sin embargo, resolvió hacer una protesta ejemplar contra

(452)

las crueldades hasta allí practicadas, conservando así sus laureles inmarcesibles.

Presentándose ante los once generales, cortésmente los invitó á que le siguiesen sin ser custodiados al palacio episcopal, donde se hallaban reunidos los 600 oficiales, muchos de ellos ocupados en esos momentos en confesarse y hacer sus últimas disposiciones, por que sabian bien la suerte que habia cabido á los prisioneros anteriores. “Señores,” dijo Diaz, “me es muy penoso, me es imposible cumplir la pena que la ley impone, y no me queda mas alternativa que ponerlos presos; mas recuerdo bien mis propios sufrimientos como prisionero, en este mismo lugar, y quiero evitaros semejante prueba. Idos, pues; estais libres! Todo lo que os pido es que me prometais ponerlos á disposicion del supremo gobierno, si os lo ordena. La nacion pronunciará su fallo sobre el imperio; pero habrá de ser indulgente con sus descarriados hijos.”

Bravo! exclamaron con alegría los prisioneros, aunque la emocion embargó la voz á muchos de ellos. Se habia creido que, por lo ménos, una parte habría servido para expiacion; entre ellos, algunos que se habian hecho notables por ultra conservadores, ó por su crueldad para con los soldados republicanos. Por consiguiente, este perdon general causó un gran tumulto de satisfaccion. De todos lados se vertian plácemes y alabanzas. Los que no se conocian de antes se abrazaban con efusion; hombres que hasta entón-ces habian sido enemigos, reanudaron con un fuerte apretón de manos los lazos de la amistad; otros se volvieron para ocultar las lágrimas próximas á brotar de sus ojos. El mismo Diaz se sintió profundamente conmovido, y dióse prisa para escaparse de la multitud que le oprimia por todos lados. “No nací para ser carcelero ni verdugo,” dijo, en respuesta á las preguntas de sus oficiales.

Cuando volvió la vista, los prisioneros firmaban y desaparecian rápidamente, aunque algunos, se habian detenido, como embargados por el miedo; entre ellos

el coronel Escamilla, que figuraba como jefe político de Izúcar en la época en que Diaz se fugó de Puebla, y que cuando el conde Von Thun fijó el precio de \$10,000 á la cabeza del fugitivo, él, con el mayor celo añadió \$1,000 de su propia bolsa. Por esto ahora estaba avergonzado y temeroso á la vez. El general comprendió bien esos motivos, y mostrando la ominosa proclama dijo: "coronel, esa imprudente accion fué sugerida por un ciego deber; olvidémosla." Desde entónces Escamilla se convirtió en uno de sus mas leales partidarios.

El mismo dia dictó una órden semejante de indulto para los prisioneros de Oajaca, dando á los extranjeros libertad absoluta de partir si querian. El suavizar de esta manera el rigor de la ley con la magnanimidad, evitando el bautismo de sangre, no dejó de influir en la conducta del gobierno para con los prisioneros hechos en Querétaro poco despues, procurando á Diaz grandes alabanzas entre partidarios y enemigos, aunque muchos todavía deliraban por la venganza. El general Tamariz, que murió poco despues, decia con emocion: "Dos veces me ha vencido Diaz por su talento militar, y una vez por su generosidad; con gusto serviría á semejante hombre, aunque fuera como soldado raso."

En su proclama del 5 de Abril á sus soldados, expresaba el general Diaz su deseo de ser el primero en rendir tributo al heroismo, con que ellos habian inscrito, en la historia de las glorias nacionales, otra fecha memorable, al lado del inmortal dia de Zaragoza. Pocos en número y con escasos elementos, habian llevado á cabo con valor lo que los primeros soldados del mundo no habian podido realizar. ¿Qué soldados mejicanos podrian tenerse en pié ante los vencedores de Puebla? La independenciam y las instituciones del país estaban aseguradas, miéntras la nacion contara con hijos tan intrépidos en la batalla, y tan moderados en el triunfo. La ciudad les rinde su homenaje de admiracion y gratitud, y su general siente orgullo al

verse á la cabeza de soldados semejantes, con quienes sería invencible.

Las grandes existencias de vestuario y armamento, que se tomaron en Puebla, le vinieron muy bien al ejército de Oriente que estaba vestido á medias y pobremente equipado, y lo mismo debia decirse de la artillería. Mas no habia tiempo para registrar bien los almacenes, ni para reformar del todo el equipo del ejército; en atencion á que Marquez amenazaba por Tlascala, con cosa de cuatro mil hombres, procurando hacer algun daño, ya que la oportunidad de auxiliar á Puebla se le habia frustrado. Diaz, por tanto, dejando el mando en esta ciudad al general Diego Álvarez, marchó apresuradamente en pos del enemigo, el dia 5 de Abril, á la cabeza de la caballería, dando á la infantería un poco mas de tiempo para descansar y reorganizarse antes de seguirle. Alcanzó á Marquez cerca de San Diego Notario y fué recibido con una fuerte descarga de artillería de su retaguardia, miéntras que dos mil caballos, la mayor parte ulanos, acometian por un flanco. Estos últimos repitieron su maniobra tres veces, sin otro resultado que ser rechazados y perseguidos hasta muy cerca de sus cañones, cuya lluvia de metralla arrasadora era irresistible. Ambos caudillos comprendieron que les faltaban los elementos necesarios para obtener resultados definitivos, y sabiendo Marquez que su contrario recibiría pronto la infantería que le hacia falta, volvió rumbo á Méjico, casi á tiempo de ser interceptado por los refuerzos que avanzaban.

Diaz hizo montar 2,000 infantes á la grupa de otros tantos caballos, y se puso en su persecucion arrastrando consigo seis obuses. El coronel Lalanne, que habia avanzado hasta San Nicolás el Grande con ochocientos infantes y caballos, recibió órdenes de detener al enemigo, y lo hizo; pero Marquez destrozó su infantería, derrotó la demás fuerza, y se posesionó de la fuerte hacienda de San Lorenzo el 8 de Abril, precisamente á tiempo de avistarse la columna que lo perseguia para sitiario. Al dia siguiente se aproximaron 5,000

caballos al mando de los generales Carbajal y Guadarrama, que habian sido enviados de Querétaro por Escobedo para poner en jaque á Marquez, de quien se decia que se acercaba con refuerzos para Maximiliano. Diaz se propuso despacharlos rumbo al sur, para cortar la retirada y para acercarse gradualmente en derredor de San Lorenzo; mas en la madrugada del dia 10 Marquez rompió la línea por el sudeste, despues de un ataque falso con buen éxito sobre el oeste, comen-



PUEBLA Y VERACRUZ.

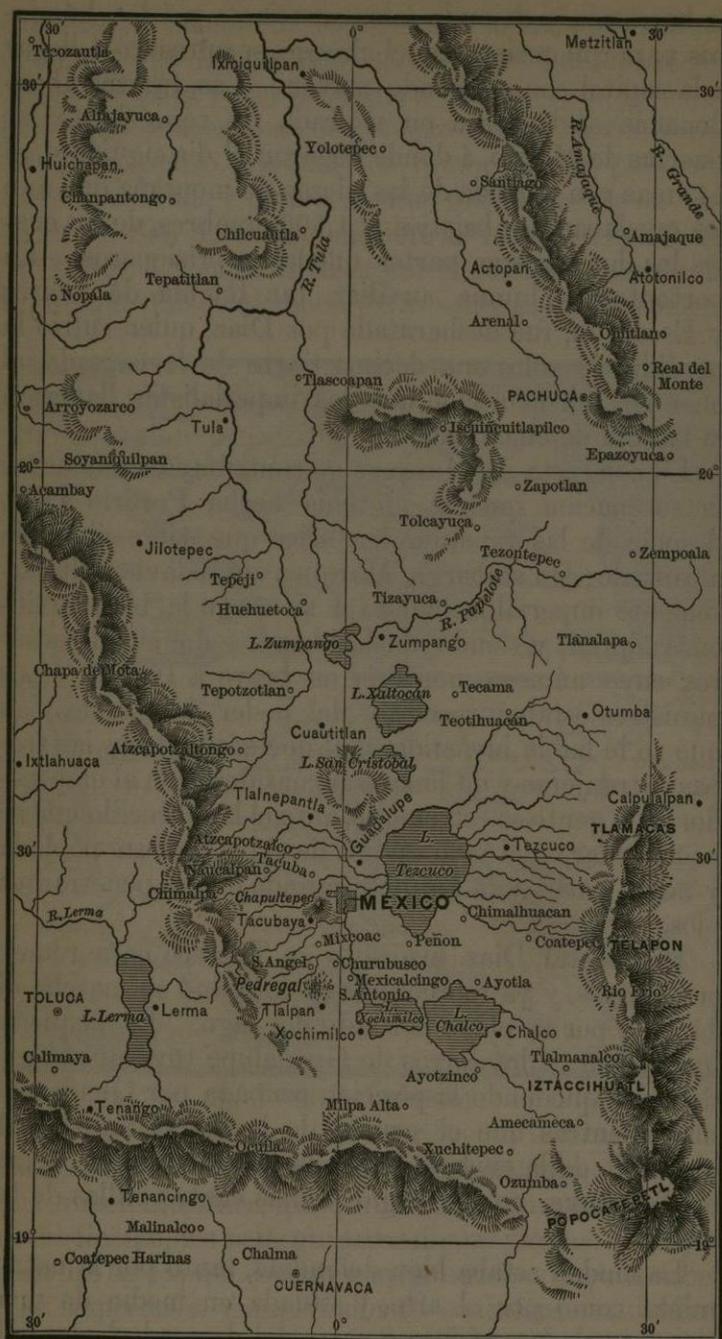
zando luego una carrera hácia Calpulápan. Merced al coronel Martinez, que se mantuvo firme aunque por corto tiempo, los perseguidores dieron alcance á la retaguardia de los que huian, y cargando con ímpetu sobre ella dispersaron completamente su infantería. Marquez entónces arrojó la artillería de grueso calibre á

la barranca, y dejando á los austriacos y á los húngaros para que resistiesen el choque, se apresuró á llegar á la capital con su estado mayor. Las fuerzas abandonadas se batieron en retirada sin cesar hasta las puertas de Méjico, á donde llegaron el dia siguiente, el 11, mas con pérdida de las piezas de montaña que aun les quedaban, los bagajes, y 1,500 hombres, de los cuales las dos terceras partes quedaron prisioneros. La portentosa columna auxiliar, tan temida de Juarez y Escobedo, fué desbaratada por Diaz, quien sufrió la pérdida de solo una décima parte de la causada al enemigo, en la accion que los imperialistas llamaron la batalla de cinco dias.

La conducta de Marquez no contribuyó á aumentar la estimacion que de él tenia hecha Porfirio Diaz, despues de las repetidas victorias que sobre él habia alcanzado; sin embargo, Marquez era todavía el lugar-teniente imperial, teniendo á su cargo la bien fortificada capital, y siendo obedecido por todos sus defensores, cuyo número montaría en breve á 10,000. Los ministros estaban recelosos del poder autocrático con que se le habia investido, y al que sostendrían las tropas extranjeras y de línea por consideracion al emperador, y la gente se estremecia ante el hombrecillo que se hacia notar, cual otro duque de Alva, por su poblada y negra barba y la inquieta mirada de sus penetrantes ojos.

El general Diaz hizo alto en Tezcucó para reunir sus fuerzas, y ya reorganizadas continuó su marcha el 11 y 12 por la playa noroeste del lago. La pequeña guarnicion de los cerros de Guadalupe tuvo que abandonarlos quedando la posicion ocupada por Guadarrama, miéntras que el grueso de la fuerza marchó al otro lado de la ciudad, y estableció su cuartel general en Tacubaya, ameno lugar á unas cuatro millas de la capital.

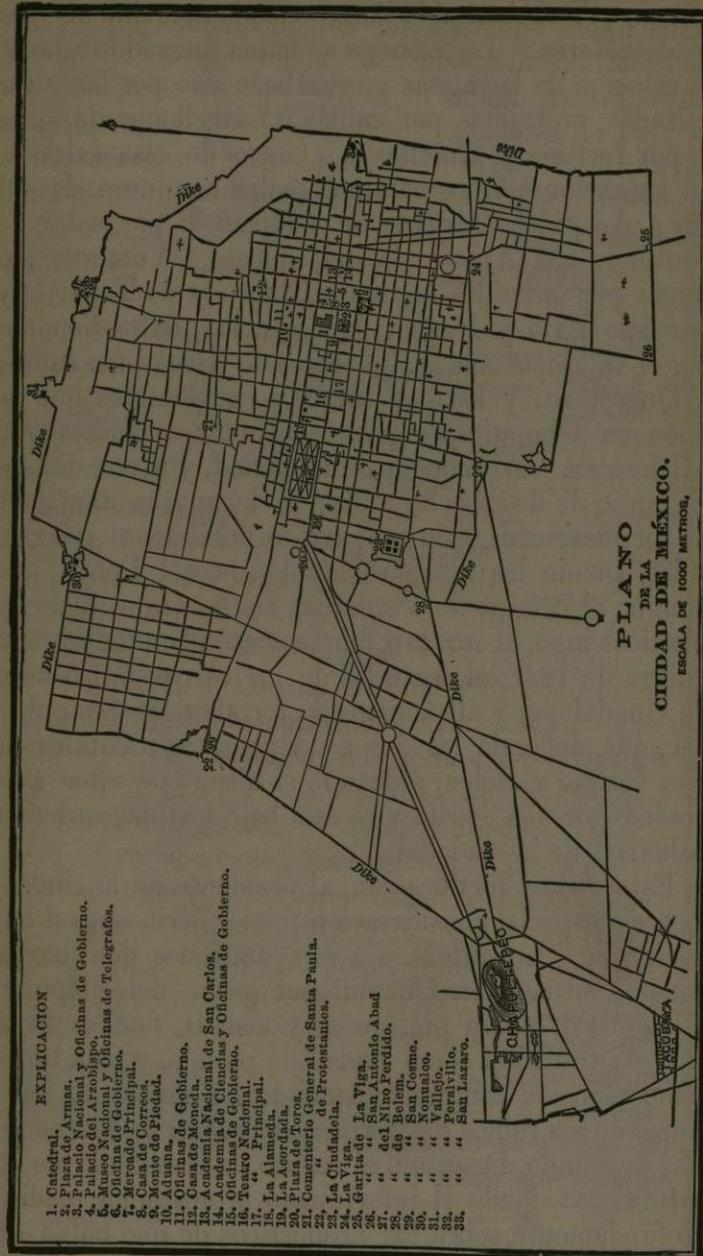
La ciudad estaba bien defendida, tanto por la naturaleza como por el arte, y situada en medio de una ciénega salada que forma parte del desecado lecho del



VALLE DE MÉXICO.

lago de Tezcuco, el cual tocaba en tiempo de la conquista, por el oeste, á la línea ocupada actualmente por los sitiadores. La ciénega se habia anegado durante la estacion de las aguas y cruzábase solo por las altas calzadas, protegidas por zanjas ó fosos llenos de agua y por fortines y trincheras. Cinco de esas calzadas en conecion con los caminos reales conducen: la del sur á Acapulco á través de Tlalpam, y por sobre la cordillera del Ajusco; la del sudeste á Veracruz pasando por entre los lagos de Chalco y de Tezcuco, y por Río Frio y Puebla; la del norte, extendiéndose por el valle mas allá de los cerros de Guadalupe rumbo á Querétaro; y los dos caminos occidentales que se unen en Chapultepec para continuar á Toluca y á Michoacan. Al rededor de la ciudad, y á una distancia como de dos á ocho millas, se levantaba una línea de fortificaciones, solo en parte ó débilmente guarnecidas, siendo las mas formidables, la del Peñon, que domina el camino de Veracruz; las de Churubusco y Mexicalcingo, al sur, tan fuertemente disputadas en la guerra de 1847; al norte las de los cerros fortificados de Guadalupe, y al poniente la fortaleza de Chapultepec, que defiende los dos acueductos occidentales de San Cosme y Belen, entrando el último de ellos á la ciudad por una garita que está bajo los fuegos de los baluartes de la ciudadela.

Esta última fortificacion, al occidente de la ciudad, merecia especial consideracion por su hermosura é importancia. Levantábase á inmediaciones del cuartel general, situado en Chapultepec (cerro del chapulin, ó langosta), altura pintoresca y aislada, famosa en la antigua tradicion como ciudad de posada, y mas tarde como mansion campestre á donde los monarcas indigenas de los reinos del valle se retiraban de los negocios de estado, buscando el reposo en el estudio de la naturaleza: donde el infortunado Montezuma meditó profundamente sobre los pronósticos de que habia de derrumbarse su trono, y pedia consuelo á los espíritus de sus antepasados. Esa altura á cuyo pié llegaban



CIUDAD DE MEXICO.

en otro tiempo las ondulaciones del lago, y que se halla ahora separada de él por algunas millas, está rodeada de arboledas de majestuosos ahuehuetes, cuyas ramas orladas de musgo cuelgan formando una bóveda de estaláctitas sobre el místico manantial de los aztecas que brota á su pié, sacra todavía por el agua con que provee á la multitud de gente de aquella vecindad.

Chapultepec es el mirador del valle, desde donde abarca la vista los terraplenados lechos de los lagos de agua dulce y salada, y los campos que los circundan, tapizados de verdura y de flores, y sembrados de haciendas y de aldeas, cuyas blancas paredes brillan en interrumpidas líneas hasta lo léjos, entre las sombrías abras de las montañas que lo circunvalan. Y justamente al pié de él miranse las azoteas rodeadas de bardas y las taraceadas torres de la capital del Anáhuac, la mas antigua del continente, que guarda en su nombre venerable el prestigio acumulado por una larga serie de reyes y emperadores guerreros, de déspotas vireyes castellanos, y de presidentes que se han sucedido unos á otros con extremada festinacion.

La mano del hombre ha modificado el aspecto del cerro, levantando en él construcciones amuralladas, que se extienden por el oeste hasta el Molino del Rey, lugar consagrado por la sangre de Leon y de Balderras, y donde en extraña compañía se elaboran la harina y la pólvora—Ormuzel y Ahriman en el sustento y la destruccion personificados. Arriba, el cerro está trillado por los caminos que suben al terraplen, que mide seiscientos piés de longitud y presenta una línea de amenazantes bastiones, con cañones y centinelas. El castillo que corona la cumbre deja ver las señas inequívocas de la devastadora guerra, así como las del tiempo, y sus alas y pisos revelan una mezcla de tipos clásicos é hispano-italicos, ofuscados por adfecios que deben su existencia principalmente á exigencias militares. Residencia de los vireyes al principio, quedó convertido en colegio militar bajo el austero régimen

republicano: palacio en seguida de Maximiliano y de Carlota, quienes con esquisito gusto trataron de embellecer el lugar y devolverle sus glorias pasajeras. Ahora se ha vuelto otra vez fortaleza y colegio militar.

Durante el sitio de 1847, los invasores comprobaron la estimacion de su mérito estratéjico, sacrificando muchas vidas por apoderarse de él. Su defensa fué entónces vigorosa: jóvenes imberbes pelearon como leones al lado de canosos veteranos, tiñendo con su sangre las aguas del acueducto. Así pues, era de esperarse que fuese ocupado en esta vez; mas en la confusion de la fuga, no fijó Marquez su atencion debidamente en las fortificaciones exteriores, ni aun en las de los cerros de Guadalupe que habrían contenido el avance de sus perseguidores, ocupando estos, por consiguiente, toda la línea exterior de norte á sur.

Desgraciadamente, Escobedo insistió en que volviese á Querétaro la gente de Guadarrama, y Diaz tuvo que cubrir su extensa línea con la fuerza que habia sitiado á Puebla, las pequeñas brigadas de Cuéllar, de Leiva, y de Lalanne, de las cuales la última habia quedado casi destruida en el encuentro reciente, y con las caballerías indisciplinadas de Carbajal, Fragos, y Tellez Giron.

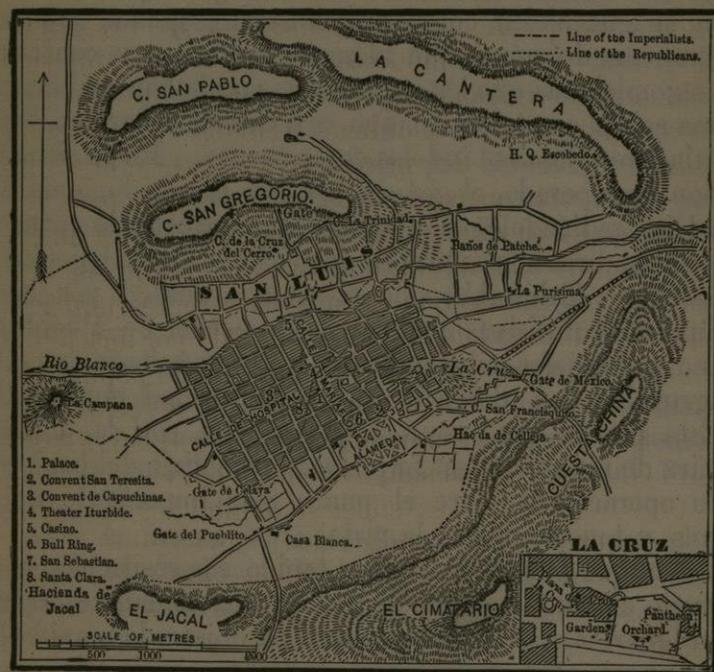
Con la fuerza de estos dos últimos se formó una brigada al mando de Hinojosa, que se situó en Tacubaya, trasladándose el cuartel general á Guadalupe. Hízose una formal recluta en las poblaciones comarcanas para cubrir las bajas de la infantería. Varias compañías fueron movidas desde Oajaca, y trajéronse piezas de batir, municiones, y otros materiales de guerra de las grandes existencias que habia en Puebla en el departamento de artillería, á cargo del enérgico Palomino, y de la fábrica de Acedó en Panzacola, empleándose los prisioneros austriacos gustosamente en hacer proyectiles. Púsose tambien en corriente el camino de herro á Tepexpan para ayudar á traer provisiones, y se colocaron embarcaciones armadas en

el lago para cortar por allí los víveres á la ciudad. En estos preparativos y en medidas administrativas, incluyendo en ellas la reorganizacion de los distritos recién ocupados, se empleó la mayor parte de Abril, y no fué sino hasta fines de este mes cuando quedó completamente establecido el sitio.

Una comunicacion recibida entónces, amenazó echar por tierra todo aquel plan. Las fuerzas combinadas de los republicanos habian estado sitiando á Querétaro durante dos meses, sin hacer mella alguna perceptible en la guarnicion comparativamente pequeña, que se componia de ménos que la sexta parte de sus contrarios; miéntras que los imperialistas acababan de hacer una salida con tal éxito que casi casi derrotaron á los sitiadores, desalentándolos enteramente. En su situacion desesperada, el general en jefe Escobedo, acudió á Diaz pidiéndole su ayuda, y aun ofreciendo entregarle la direccion suprema del sitio, y servir bajo sus órdenes. Tal habia sido el efecto causado por las rápidas y decisivas proezas del vencedor de Puebla, aun en los jefes independientes y algo recelosos que se agrupaban en derredor de la autoridad suprema. Esta parece que apoyó la proposicion, con la doble mira de separar á tan formidable personaje del campo de operaciones sobre el punto mas importante del país, y tenerlo muy á la vista.

Aunque Diaz debió haber tenido sus sospechas, no vaciló en contestar que dentro de una semana estaría en Querétaro. Pusó ese plazo con objeto de manifestar al ministro de la guerra, miéntras hacia sus preparativos de marcha, el error de abandonar el sitio de Méjico, despues de sus costosos preliminares y dar con esto á Marquez libre acceso á las ricas y adictas provincias del centro, donde adquiriría nuevo vigor, procurándose medios para hacer una campaña tal vez larga y desoladora; siendo mejor, por tanto, dejar al ejército de oriente que permaneciese donde estaba para completar la tarea empezada. Diaz, con justicia, sostenia que la solucion del problema imperial-con-

servador se hallaba entónces dentro de la capital. El gobierno no pudo dejar de reconocer lo bien fundado de sus indicaciones, y como por otra parte, la negligencia de Maximiliano, en no aprovecharse de las ventajas obtenidas, habia tranquilizado á Escobedo, este naturalmente apoyó esas indicaciones, tan favorables á su propia supremacía, reduciendo sus primeras proposiciones á pedir simplemente á Diaz municiones, las que le fueron prontamente remitidas.



PLANO DE QUERÉTARO.

Grande era la diferencia entre el sitio de Puebla, con sus constantes progresos y su brillante asalto final, y el prolongado cerco de la ciudad tan vulnerable de Querétaro, dominada por cerros y asediada por fuerzas diez veces superiores á las que sitiaron á la primera, y contando con mejores tropas y armamento. Mas en fin, la ciudad fué tomada la noche del 14 de Mayo,

aunque merced á la connivencia traidora del coronel Lopez, quien pagó la intimidación con que lo distinguía el príncipe vendiendo la plaza.

Maximiliano fué procesado ante una corte marcial, instalada con arreglo al decreto de 25 de Enero de 1862 que declaraba reos de muerte á todos los promovedores de invasiones. Se le acusó de ser caudillo y agente de invasores; de haber, además, usurpado el gobierno, y dispuesto arbitrariamente de las vidas y libertad de los mejicanos. La ninguna esperanza de poder influir sobre un tribunal instalado bajo tan radicales auspicios, y compuesto de oficiales de inferior rango, cuya reputación no sufriría detrimento por obedecer implícitamente á órdenes recibidas de antemano, indujo al defensor del prisionero á recusar, antes que todo, á la corte marcial, como incompetente para conocer en los fundamentos de esa causa. La lucha entre la república y Maximiliano era, según él, una guerra civil; puesto que ese austriaco representaba la suprema autoridad de un imperio creado por una junta de representantes, y sancionado por el voto popular de un gran número. Por lo tanto, en nada se rebajaba la validez de ese voto con impugnar su sinceridad. Además: el imperio habia sido reconocido por las potencias extranjeras, y llegó á extender su dominio en la mayor parte del país. Estos puntos destruían el cargo hecho al príncipe de ser usurpador y filibustero; y sus medidas lo salvaban, bajo muchos puntos de vista, de la acusación de ser un agente francés. El decreto de 3 de Octubre de 1865, el cual levantó la tempestad que ahora amenazaba aniquilarlo, fué una medida protectora de un soberano para con su pueblo; ni ménos justificada, ni mas severa que el decreto republicano de Enero de 1862, que parecia inconstitucional, tanto por su contenido, como por la forma en que fué expedido. Habiendo él revocado su decreto, el uso internacional exigía una disposición igual de la parte contraria. Además, por afectar esta cuestión á los principios federales, era de un carácter político, y solo

al congreso ó á los tribunales civiles tocaba el resolverla. En cualquiera caso, Maximiliano, como entidad política, no podia ser castigado con la pena de muerte; como extranjero, no podia acusársele de traidor.

El fiscal de la causa replicó que el imperio, verdadero manto para cubrir designios nefarios, habia sido desconocido por la república; que como la guerra continuaba aun, y la constitucion, por consiguiente, se hallaba suspensa, el decreto de 1862 estaba vigente; que el archiduque habia continuado arrostrándolo por el hecho de sostener la lucha despues de la salida de los franceses, que eran los últimos que poseian derechos de beligerantes, y por haber delegado á una regencia la guerra de rebelion, á cuya categoría se hallaba ahora reducida. Él se habia apoyado en un pretexto fácil para desconocer al gobierno y á los jefes republicanos como beligerantes, y para tratar á estos como bandidos. Ellos á su vez tenian á bien desatender sus pretensiones de ser considerado como prisionero de guerra civil, y la apelacion que hacia á un congreso para que decidiera acerca de la forma de gobierno. Habiendo sido aprehendido como jefe de un ejército, se le trataría de la misma manera que con arreglo á su propio decreto de 3 de Octubre, habian sido tratados los generales republicanos; como Arteaga, ni mas ni ménos. Sostúvosele por tanto el cargo hecho de haber promovido una invasion, y de haber usurpado el poder supremo, y condenósele á muerte en union de sus principales generales, el brillante ex-presidente Miramon y el constante Tomás Mejía. Los tres murieron juntos con valor el 19 de Junio de 1867.

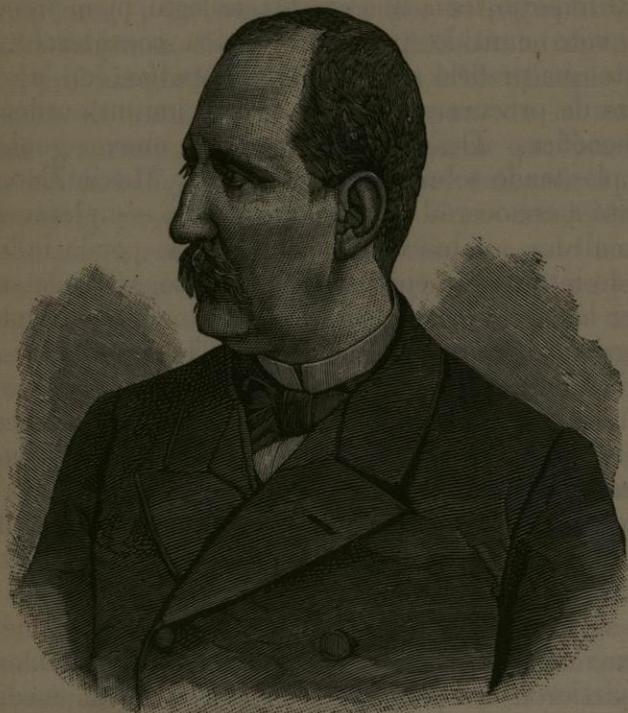
La ley internacional fué, á no dudarlo, hollada por Juarez; pero no lo fué ménos por Maximiliano. El gobierno se vió obligado á ceder al grito de venganza lanzado contra los asesinos de Arteaga y de otros patriotas; al orgullo nacional que podría considerar la lenidad como temor; á la aparente necesidad de poner

á cubierto la república contra cualquiera tentativa de invasion en favor de este príncipe; y finalmente, para escarmiento de otros. Sin embargo, estas miras no se realizaron sin la calificacion de extremada severidad, condenando los europeos el acto con mas acritud por haberse exigido, en castigo de *lesa magestad popular*, la vida de un príncipe tan estimado por su elevada alcurnia y sus costumbres ejemplares.

El imperio tenia una existencia legal, pues procedia del voto emitido por una porcion considerable de gente que prefirió sacrificar sus simpatías, con la esperanza de procurarse una administracion mas ordenada y benéfica. Desgraciadamente, el nuevo gobierno fué planteado sobre inseguras bases. Maximiliano no acertó á conocer al pueblo, ni se puso completamente á su altura. Atado como con cadenas por la influencia de intereses y ejércitos extranjeros, no pudo satisfacer las necesidades de la situacion. El tenia espíritu progresista; pero no era el fecundo reformador que Méjico necesitaba. Abrigando ideas nobles de conciliacion y de adelanto, faltáronle carácter y medios para fortalecerlas, y desperdició sus recursos físicos y morales en empresas de ostentacion, fútiles y mal dirigidas, y en aparecer como gobernante para fines ulteriores. Se necesitaba de un brazo vigoroso y de un talento sutil para resistir y dominar á las facciones que vivian en eterna lucha: y no de un soñador bien intencionado y falto de resolucion, cuyas virtudes se convirtieron en peligrosas flaquezas; cuyas medidas poco liberales y de difícil aplicacion no solamente dejaron de llenar su objeto, sino que unidas á cierto rencor y desconfianza, se tornaron en graves errores que alarmaron á sus mismos adictos. Al celo egoista de partido se le dió alas para minar los cimientos que los ejércitos franceses estaban zapando rápidamente. Vino tras esto el vergonzoso paso de Napoleon, que obedeciendo al dictado de los Estados Unidos, retiró su apoyo. Maximiliano, léjos de abatirse en presencia de semejante humillacion, reparó hasta cierto punto

sus faltas y errores, permaneciendo firme al lado de sus partidarios en la hora del peligro. Sus últimos momentos fueron endulzados por la creencia que abrigaba, y que expresan estas palabras dirigidas á su madre en su postrera carta: "He cumplido mi deber como soldado!"

El general Diaz continuó el sitio de la capital con gran vigor. Marquez resolvió abrirse paso é intentó



GENERAL RAMON CORONA.

la salida por La Piedad con cosa de 6,000 hombres; pero Diaz personalmente le salió al encuentro en el puente de los Cuartos con las brigadas de Terán y Lalanne, y lo obligó á retroceder. El mando de la línea del norte, cuyo centro era Guadalupe, fué confiado entonces al valiente general Corona, jefe del refuerzo que le llegó á Diaz.

A semejanza de Puebla, la capital presentaba una brillante oportunidad para darle un asalto; pero sabiendo que no resistiría largo tiempo por falta de provisiones, Diaz juzgó inútil el derramamiento de sangre por una vana empresa. Por esto aun tuvo cuidado de que su artillería solo ofendiera á puntos fortificados, y hasta llegó á rehusar los ofrecimientos que le hicieron algunos traidores de proporcionarle la entrada como se hizo en Querétaro. Con la conviccion de que no les quedaba otro remedio, los jefes imperialistas hicieron repetidas propuestas de sumision, con tal de que se les concediera un amplio perdon, garantizándoseles que nada tendrian que temer del gobierno; mas él rehusó usurparle sus prerogativas á Juarez. En vista de la severidad que amenazaba á los de Querétaro, muchos resolvieron continuar la lucha.

Desde aquella época el general hizo gustar al pueblo los frutos de una administracion liberal, dejando obrar con toda independencia á los jueces y á las municipalidades, y consultando cuidadosamente los deseos de las poblaciones ántes de hacer algun nombramiento. Habiendo originado algunos trastornos en Puebla las disputas entre el gobernador García y el general Alvarez, los reemplazó con el general Mendez, tan popular y apreciado en el estado á causa de sus hechos patrióticos. Diaz todavía halló tiempo para atender á los trabajos de desagüe del valle. El ramo de hacienda recibió un impulso especial bajo sus enérgicas disposiciones, y con el auxilio de una administracion de rentas que inspeccionaba á menudo las cuentas. Siempre que fué necesario acudir á préstamos pudo negociarlos con facilidad, cuidando de satisfacerlos prontamente. Ofrecióse con descuento un pagaré emitido en Puebla por el tenedor de él, cuya fé en las promesas del gobierno habia sido muchas veces burlada: recibióse el pagaré y fué satisfecho en su totalidad.

Marquez por fin perdió toda esperanza y se ocultó, en union de otros muchos jefes. Á consecuencia de esto recayó el mando en el general Tavera, quien enta-

bló negociaciones, persistiendo en obtener ciertas concesiones; mas como el bombardeo, que se habia suspendido, comenzó de nuevo con mayor intensidad, preparándose cierta cantidad de tropa para el asalto, sin que esto pasase de una mera ficcion, rindióse por fin la ciudad á discrecion el dia 20 de Junio. Expidiéronse luego órdenes estrictas para conservar la línea de circunvalacion, de manera que nadie pudiese entrar ó salir por algunos dias sin expreso permiso. Asignése á dos cuerpos el servicio de policia, y se hicieron



JUAN N. MENDEZ.

nombramientos provisionales de jueces y de autoridades municipales; pues el gobierno receloso se habia reservado sus derechos sobre este punto respecto al distrito federal. Mandáronse matar algunos centenares de reses, cuya carne se hizo distribuir con cierta cantidad de pan entre los ciudadanos que ya perecian de hambre, poniéndose á la disposicion de estos los ferrocarriles y otros medios de transporte, durante quince dias, para que condujesen provisiones.

Señaláronse prisiones para las diferentes categorías de prisioneros, cuidándose debidamente de que fuesen

cómodas y exentas de espionaje, consideracion que no dejó de impresionar á los conservadores de influencia. Por disposiciones publicadas en seguida se previno, bajo pena de muerte, á todos los empleados civiles y militares, de cierto rango para arriba, que se presentasen. Habiéndolo verificado unos cuantos solamente, se dió orden á la policia de que los buscase, y Vidaurri, el rebelde ex-gobernador de Nuevo Leon y ministro imperial, fué aprehendido y pasado por las armas. Este elocuente aviso produjo su efecto, y al cabo de pocas horas del término prorogado todos acudieron, con escepcion de unos cuantos responsables de delitos comunes, y algunos jefes como Marquez, Lacunza, y Arellano, que escaparon con el trascurso del tiempo, ayudados por sus amigos. El lugarteniente imperial permaneció seis meses en su escondite, ántes de atreverse á buscar la costa disfrazado de jornalero.

La mayor parte de los soldados extranjeros existentes en la ciudad se habian declarado al fin neutrales, á instancias de sus ministros, quienes pretendieron obrar por instrucciones del archiduque prisionero, para contener el derramamiento de sangre; se permitió á aquellos, en consecuencia, conservar sus armas. La conducta de esas tropas, sin embargo, fué tenida por ambos partidos como dudosa. El gobierno ordenó la prision del ministro francés, Dano, y la ocupacion de sus archivos, mas conociendo que tal paso daría lugar á protestas de todas las potencias, incluso los Estados Unidos, y probablemente á reparaciones humillantes, Diaz hizo enérgicas observaciones, y propuso retirarse mas bien que verse complicado en ese asunto.

El general Diaz entró á la ciudad sin ruido y estableció su despacho en la escuela de minería, eligiendo para su residencia una casa pequeña en los suburbios de la ciudad.

No se izó bandera alguna en el palacio hasta la entrada formal de Juarez, que tuvo lugar el dia 15 de Julio, para cuya ocasion reservó el general \$20,000 con objeto de hacer una fiesta en regla. El contraste

entre esa fiesta y el modesto asilo del caudillo victorioso impresionó al pueblo en favor de este último, que habia pensado únicamente en el bien de sus conciudadanos, con un sincero desprendimiento de sí mismo. Al rendir sus cuentas entregó á la tesorería un sobrante de mas de \$300,000, hecho que causó bastante asombro, en parte por motivo de los crecidos gastos que demandaba el sostenimiento del gran ejército sitiador, comparados con la exigüidad de los recursos, aun en esos momentos, y en parte por la novedad de un acontecimiento desconocido en los anales de las corrompidas administraciones mejicanas. Entregó, además, al gobierno una grande extension de territorio, incluyendo el Distrito Federal, en condiciones de rápido desarrollo, bajo un régimen tal de administracion cual nunca habian disfrutado sus habitantes.

El general recibió su galardón en un vehemente discurso de la comision municipal, en representacion de la ciudad, dándole las gracias por haberse abstenido de un asalto desolador, sacrificando la gloria que en él habría alcanzado; por haber reprimido los abusos, y restablecido el orden y la autoridad local, y por su respeto escrupuloso á la propiedad y á los derechos individuales. Tal expresion de reconocimiento valia tanto como los laureles de cien victorias. En ese discurso quedó tambien consignado, aunque no de una manera tan ostensible, otro gran testimonio de la conducta humanitaria observada por él en la guerra civil, que hasta fechas recientes se habia hecho notar por repugnantes crueldades, saqueos de poblaciones indefensas, levadas forzadas de gente, una voraz exaccion de fondos, la dominacion egoista sobre lugares subyugados, y el exterminio sin piedad de los prisioneros.

A Diaz en verdad corresponden los honores de esta reconquista de la independencia, tanto en el ramo militar como en los civiles que con aquel tenian conexion; por haber ejecutado por sí mismo con solo un cuerpo reducido de ejército, hazañas que no igualaron los ejércitos combinados del norte, del oeste y del

centro, ayudados por una parte del de oriente, con toda su multitud de caudillos. La retirada de los franceses casi bastó para que quedara libre toda la vasta extension del norte, dejando apenas á esos ejércitos mas trabajo que el de traer á raya con su gran número á los restos diseminados de los imperialistas. Diaz habia recuperado la posesion del sur con reñidas acciones y batallas hábilmente dirigidas, conquistando despues las provincias centrales con hechos tan gloriosos como la toma de Puebla, la derrota de Marquez, y la adquisicion de Méjico. Esto acarreó, poco tiempo despues, la rendicion de Veracruz, última posicion que le quedaba al imperialismo, al empuje de su teniente el general Alatorre, á quien confió Diaz aquella tarea, teniendo para esto en cuenta, entre otros motivos, el de manifestarle su reconocimiento por la patriótica conducta que habia ántes observado en el norte de ese estado. Tomada Veracruz, reasumió el comercio su provechoso curso desde luego, por su mas importante vía. La reconquista de esta mas importante mitad de la república habia costado á la nacion ménos de lo que por término medio se habia exigido á cada uno de los estados de la otra seccion para igual objeto.

Sus hechos suben mucho de valor cuando se considera que fueron obra de su propio genio; pues á su lado no se halló ni un Lerdo, ni un Iglesias, ni un Ocampo, ni un Degollado, ni un Comonfort que le ayudasen con sus prudentes consejos. Todas sus maniobras y medidas administrativas nacieron de su propia inteligencia, coronando al fin su grande obra con la renuncia desinteresada que hizo de los múltiples poderes que habia ejercido en el desempeño de sus patrióticos deberes. Al dia siguiente de la rendicion de Méjico ya habia escrito presentando su renuncia del mando de la línea y ejército de oriente; pues que habiendo terminado la guerra con la ocupacion de la capital, no habia ya necesidad de que conservase ese mando y las facultades extraordinarias con que lo habia desempeñado. Estaba agradecido al presidente

y á sus ministros por la confianza y distinciones con que lo habian honrado. En seguida dirigióse á las autoridades civiles y militares de los diferentes distritos, despidiéndose de ellas y dándoles tambien las gracias por su enérgica cooperacion, elogiando á los pueblos por su leal adhesion y sacrificios, y recomendándoles tuviesen presentes á aquellos que se habian presentado á pelear por la libertad, y les diesen la preferencia en los empleos en igualdad de circunstancias. No recibiendo respuesta del gobierno, repitió su renuncia, indicando la conveniencia de concentrar el poder supremo hácia una pronta reconstruccion. Persuadiéndosele, sin embargo, á que conservase por dos meses mas el mando de una de las cuatro divisiones de 4,000 hombres cada una, á que fué entónces reducido el ejército, con el objeto, entre otras razones, de que diese ejemplo en la reorganizacion. Despues de esto se retiró á su lugar natal, rehusando aun aceptar los sueldos que se le debian. Conquistada la paz por medio de las armas, el genio de la guerra envaina la espada y descansa sobre sus laureles, hasta que el tiempo y las circunstancias lo lleven á otro campo para obtener nuevos triunfos, como genio del progreso y adelanto nacional. A menudo tiene, como en otro tiempo, que emprender una mision preliminar de apóstol para despertar interés y celo en el pueblo y prepararle la inteligencia para la nueva enseñanza; y esto con muchos trabajos y pasando por extrañas vicisitudes. Nuevo período de prueba para la inteligencia y el corazon, ántes de que entren al desempeño de su gran tarea.



CAPÍTULO XXI.

MUERTE DE JUAREZ.

1867-1872.

VUELTA DE DIAZ Á OAJACA—ENTRADA TRIUNFAL—BENEMÉRITO—DOS AÑOS DE RETIRO—SU MATRIMONIO CON DELFINA ORTEGA Y REYES—POLÍTICA DE PARTIDOS—DIAZ COMO JEFE DE LOS CONSTITUCIONALISTAS—ELECCION DE JUAREZ Y SEBASTIAN LERDO DE TEJADA—DESCONTENTO ENTRE LOS PORFIRISTAS—REVOLUCIONES Y ASONADAS—ACTITUD Y HECHOS DE JUAREZ—EL PARTIDO LERDISTA—MANUEL ROMERO RUBIO—SU VIDA Y CARÁCTER—MUERTE DE JUAREZ—MEDIDAS DE LERDO—POSICION DE LOS PORFIRISTAS—RETIRO DE DIAZ.

Oajaca dió la bienvenida con brazos abiertos al héroe que volvía á sus hogares. Fué aquél un viaje triunfal hasta la capital, cuyos habitantes salieron en masa para rendirle calurosa ovacion. A la cabeza marchaban los miembros de su batallon querido, el 22, del cual habia ascendido desde subalterno á coronel, y que desde entónces habia compartido muchos de sus triunfos, habiéndose granjeado notable distincion casi todos los oficiales que habian quedado con vida. Al acercarse, los vivas atronaban el aire. Las mujeres de los soldados se agruparon al rededor del "niño," como afectuosamente le llamaban, recordando con los términos mas cariñosos sus cuidados en el campamento y sobre la marcha para proporcionarles comodidades.

El estado se unió á los militares y al pueblo para hacerle los honores, confiriéndole el título mas distinguido de que podia disponer, el de benemérito, que significa hombre que ha merecido bien de su patria; título que se daba en los tiempos coloniales bajo el gobierno español, y que obtuvieron los principales